

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 21 de Febrero de 1889

Precios de Suscripcion.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion
En Lérída, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Yo no soy de la casa.—Comunicacion.—Las flores del alma.

YO NO SOY DE LA CASA

I.

Hablando una tarde con una amiga del corazón nos dijo ésta lo siguiente:

—Si vieras, ¡cuántas veces en Cuenca me acuerdo de tí!

—Lo creo, pues sé que me quieres y el cariño recuerda siempre.

—Que mi afecto hacia tí evoca tu imágen en mi mente eso no hay que decirlo; por sabido se calla; pero es que te recuerdo precisamente en los momentos que visito á algún desgraciado ó hablo con un niño: pues sé lo mucho que te interesan los primeros y el estudio que haces en los segundos, y justamente hace algún tiempo que veo con mucha frecuencia á una niña que indudablemente guarda una gran historia.

—Sí, ¿quién es? cómo se llama?

—Felisa, es una hija del misterio, puesto que una mujer muy pobre la sacó de la inclusa de Cuenca para criarla, y tanto la quiso la buena nodriza que se quedó con ella con gran satisfacción de su marido, humilde y honrado carpintero que habiendo perdido su único hijo ha cifrado en Felisa todo su amor paternal. Hasta ahora no tiene mi relato nada de particular, pues son muchas las familias pobres que se quedan con niños de la inclusa despues de haberlos criado, aquí lo raro, lo particular es el temple del espíritu de Felisa, que á pesar de no tener más que cuatro años, se avergüenza de que la gente sepa que es de la *Casa* (así llaman á la inclusa en Cuenca) y pone especial cuidado en persuadir á cuantas personas conoce de que ella es hija del carpintero.

Si tú la oyeras, de seguro que te llamaría muchísimo la atención como á mí me la llamó, que vino su padre adoptivo á trabajar en casa y ella le acompañó, y supo rodear la conversacion para decirme: Señora, no haga V. caso de la gente, por que es tan mala..... se empeña en hacerme rabiarse diciendo que mis padres me sacaron de la *Casa*. ¡Mire V. que mentira tan grandel por que lo que es yo..... *yo no soy de la Casa*, yo soy hija de mi padre y de mi madre, puede V. creerlo, la gente es muy mala.

Despues se queda pensativa y añade: También hay muchas personas buenas que me quieren, quizá por que yo me conformo con todo, por que eso sí, soy de muy buen contentar. Cuando mi padre no trabaja, mi madre no me dá más que un pedacito

de pan para todo el día, pero no me importa, por que me hago cargo que cuando no me dan otra cosa es que no pueden mas. Lo único que me incomoda es cuando me dicen que no soy hija de mis padres ¡Mentirosos! créame V. señora, lo que es yo, no soy de la *Casa*.

Mira, se pone tan seria para decirlo, que me la comería á besos; no puedes figurarte que amiga es de las personas finas, cuando viene á casa se encanta. El otro día me oyó tocar el piano y se quedó extasiada; es cariñosa y agradecida en sumo grado, con decirte que la llevaron á una feria, le compraron almendras y me guardó tres, tardó dos días en verme y no se las comió, me las entregó religiosamente diciéndome: Aquí tiene V. un recuerdo de la feria, por que yo en todas partes pienso en V. la quiero de otra manera que quiero á las demás señoras. Y yo me encanto de oír sus explicaciones, por que ella me quiere demostrar que vá á muchas casas y en ninguna está tan contenta como en la mía. Y esto dicho por una niña de cuatro años, que quieres que te diga? me hace muchísima gracia por una parte, y por otra me entristece el empeño que ella tiene en ocultar su origen. En tan corta edad ya conoce el valor de un nombre, puesto que su padre adoptivo me ha contado que ella sabe perfectamente que no es hija de ellos, pues cuando hace alguna travesura la dice irritado: Como me apures mucho la paciencia te llevo á la *Casa* que es la tuya, y entonces Felisa enmudece y se sienta en un rincón no atreviéndose á moverse en todo el día temiendo sin duda que la amenaza se cumpla, y cree que su hogar tiene muy poco de risueño, por que su madre adoptiva se ha quedado ciega y tiene un cáncer en el estómago y su padre, de los doce meses del año trabaja tres, así es que están en una miseria espantosa, pero Felisa siempre sonríe, siempre tiene una caricia para la pobre ciega á la cual le guarda cuanto le dan á ella. Ya ves, para no tener más que cuatro años, es mucho hacer, por que la pobrecita padece hambre, pues bien, si le dan pan y fruta viene corriendo y le dice á su madre: Como tú estás malita tienes que comer cositas buenas; y la pobre enferma se ha de poner seria para conseguir que Felisa se coma la fruta; te digo que es contar y no acabar de esta niña que razona como si tuviera veinte años. Siempre que la escucho me acuerdo de tí y digo: Si Amalia la oyera, ella que tanto valor le da á lo que dicen los niños ya preguntaría á sus amigos invisibles que es lo que ha sido Felisa, que tanto se empeña en ocultar que no tiene nombre.

—Me basta con lo que tú me dices para sentir interés por esa desgraciada criatura de tan precóz inteligencia que ya sabe medir el hondo abismo donde ha nacido y quiere subir á la superficie á costa de todo ¡Pobre espíritu! ¡cuando le compadezco! para él no hay infancia en esta existencia, de la cuna ha saltado á la aridez de la edad madura. Cuando tanto reflexiona, cuando tanto le entristece no tener padres conocidos, ¡qué profundo conocimiento debe tener ese espíritu de la vida terrena! en la cual el nacimiento tanto influye, pues si bien con el oro se compran pergaminos, con todo, el espósite siempre es señalado con el dedo, ya puede llegar á ser un génio; ya puede asombrar al mundo con su talento, que al celebrarle siempre dicen con acento compasivo: ¡pobrecillo! todo se lo debe á sí mismo, no sabe de quien es hijo, ¡es inclusive!

Es mentira la excomunion de las religiones, pero es cierta la excomunion de la deshonra.

Dicen las religiones que las faltas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generacion; esto no es cierto en absoluto: lo que sí es una verdad innegable, que los hijos del adulterio y los hijos naturales llevan sobre su frente el estigma de su infortunio, sin haber pecado son víctimas de la culpa de sus padres y legan á sus hijos un apellido dado por la caridad.

—Ya veo que te ha interesado el relato de la pobre niña, de la inocente Felisa que ya sufre las consecuencias de su ayer, pues indudablemente cuando no tiene padres conocidos es que merece sufrir tal humillacion. Tú que estás en tan buenas relaciones con los espíritus, tú que tienes la inmensa fortuna de obtener tan sensatas comunicaciones, ¿por qué no le preguntas á uno de tus amigos sobre el pasado de Felisa? por que te aseguro que no es una niña como las demás; en su corta edad yo veo que estudia el carácter de cada uno y se hace amable y cariñosa con todos sin llegar á molestar con sus caricias.

—No tienes que hacerme tal encargo, porque desde que comenzaste á hablar resonó en mis oídos de una manera especial: *Yo no soy de la Casa*, y al mismo tiempo me parecía que voces confusas me contaban estrañas historias. Yo te prometo aprovechar la primera ocasion que se me presente para preguntar que ha sido Felisa.

II.

Consecuentes en nuestro propósito, aprovechamos un momento oportuno y le dijimos al guía de nuestros trabajos lo que copiamos á continuacion:

Tú ya sabes cual es mi actual mision en la tierra; no busco los laureles de la gloria, estos hay que cultivarlos en los albores de la juventud; no anhele tampoco legar mi nombre á la posteridad, porque nada dejo trás de mí; solo tengo un deseo vehementísimo, hacerles comprender á los desgraciados que ellos son los autores de su infortunio; amo á los pobres y á los oprimidos por la adversidad; porque, entre ellos nací, entre ellos pasaron los dias de mi infancia, las horas de mi juventud y los años de mi edad madura. Oí gemidos cuando no sabía apreciar el valor de una queja, escuché ayes cuando las ilusiones me ofrecían su cáliz perfumado, y en el presente oigo lamentos que resuenan en mi corazon, y aunque no tengo familia íntima ¿quien no ama á la gran familia humana? ¿quién no procura dejar á sus deudos una pingüe herencia? Hay un afán innato en el hombre de dejar algo trás de sí para que le recuerden, para que amen y respeten su memoria. Yo no ambiciono tanto, mi espíritu se dará por satisfecho con legar á sus compañeros de infortunio unas cuantas páginas que encierren sencillas y verídicas historias de seres desgraciados que ellos mismos forjaron las cadenas de su esclavitud. Tú lo sabes esto, buen espíritu, y sin duda porque me comprendes nunca te has hecho sordo á mi ruego.

«Tú lo has dicho (nos dice un espíritu), porque te comprendo mejor que tú misma acudo siempre á tú llamamiento, porque tú nunca llamas á los espíritus para satisfacer la pueril curiosidad de este ni de aquel, porque tú interrogas la historia del pasado de los que dejaron de sér ó de los que aún tienen en blanco el libro de su actual existencia con un fin altamente provechoso, porque tú no juegas con las comunicaciones de ultratumba ni las utilizas con fines rastreros; por eso siempre y en todas partes tendrás médiums que te faciliten los conocimientos y los pormenores que te sean extrictamente necesarios para que tú, en fácil y sencilla prosa ó en descuidados versos, puedas escribir tus narraciones y tus historias, que formarán un día voluminoso libro, que leerán con afán los desheredados de la tierra».

«Leo en tu pensamiento, de consiguiente no tienes que formular tu pregunta: te llamó vivamente la atención la dignidad de ese espíritu que, en cumplimiento de la más sabia de las leyes, al salir del claustro materno rodó por el torno de una inclusa. Más ¿qué menos le puede acontecer al espíritu que abandona á una pobre jóven despues de haberla deshourado y durante algunos años vive y goza sin preocuparse ni por un segundo de la suerte que le puede haber cabido, ni presente que un ángel de rubios cabellos y dulce sonrisa gime en un Asilo de beneficencia mientras su padre nada en la abundancia y no sabe que desear porque posee todo cuanto inventó

la vanidad humana, que todo lo supérfluo le sobra y en brazos del placer muere de hastío?»

«La niña humilde que en esta existencia no tiene un apellido ilustre, es un espíritu que durante muchos siglos ha pertenecido á lo que llamais la aristocr cia, ó sea la nobleza de los pergaminos, muy apreciados en la tierra. No ha sido malo, no ha sido cruel ni sanguinario, no se ha complacido con el mal ajeno, pero tampoco le ha conmovido el infortunio de sus semejantes; para él, el pueblo ha sido una cantidad de ceros sin valor; su esclavitud, su miseria, su ignorancia no han despertado ni por un segundo su compasión; al hombre plebeyo lo ha confundido sencillamente con el bruto, y como no le ha conocido derechos no se ha creido obligado á cumplir con él los deberes de la consideración y del respeto á su misma impotencia y debilidad. No ha sido enemigo del pueblo, porque nunca lo ha creido digno de ocupar su pensamiento; así es que le ha sido del todo indiferente su engrandecimiento   su esclavitud, teniendo una s rie de encarnaciones completamente improductivas; para él las riquezas de sus mayores no le han servido más que para vivir con la magnificencia y la opulencia de un César; no ha hecho bien   nadie. Ese espíritu se trazó su  rculo de acción y dentro de su órbita   vivido completamente estacionado sin hundirse en el fango de la degradación ni elevarse al heroísmo; y preciso era que comenzara á conocer todas las situaciones de la vida.»

«Insensiblemente, sin él darse cuenta, ha ido fijando sus miradas en el pueblo relacionándose con algunos individuos, impulsado por las evoluciones de la civilización, que suele manifestar su poder o por trascendentales revoluciones, y en una de esas crisis sociales tuvo que huir de su palacio, incendiado por las turbas populares, yendo   pedir hospitalidad en casa de una pobre familia compuesta de dos huérfanas, la una de veinte años, la otra de ocho primaveras, y una anciana sirvienta;—la joven y la niña miraron compasivamente al noble caballero, que les pidió con acento suplicante hospitalidad, siquiera por una noche, para salvarse de las iras del populacho que le perseguía por el solo delito de ser aristócrata, pues si bien nunca hizo un favor á nadie, jams  grav  al pueblo con impuestos onerosos ni acusó   los revolucionarios; pero el pueblo es un leon que   veces duerme centenares de años y que cuando se despierta es terrible en su f ria, se apodera de su cerebro la fiebre de la destrucción y rompe y quema cuanto encuentra   su paso, por eso quem  el palacio del noble conde de San Félix, y éste, como he dicho, pidió refugio en una casa pobre donde una joven, una niña y una anciana le recibieron con los brazos abiertos, á pesar de que corrían gran peligro; porque en aquella época, amparar   un aristócrata era exponerse   morir violentamente, pero la juventud siempre fué generosa y la buena No mi dejó su lecho al conde de San Félix, gozosa de salvarle de la muerte.»

«Tres meses estuvo el conde oculto en casa de No mi, que á pesar de vender fruta y estar todo el día ocupad sima, le cuid  y le consideró como   un hermano, y él aprovech  el tiempo de su cautiverio tratando de seducir   su bienhechora, que al fin cedió   sus halagos y juramentos de amor eterno la víspera de la marcha del conde, que auxiliado por sus parientes debía embarcarse   la noche siguiente, con rumbo   Inglaterra disfrazado de peregrino.»

«Triste y avergonzada quedó la infeliz, la cr dula No mi, mientras que el conde se fué tranquilo y risueño, sin que durante el trascurso de ocho años se acordara de la buenísima No mi, que se expuso   morir por salvarle de la muerte y perdió su reposo y su inocente alegría por satisfacer sus impuros deseos.»

«Cuando el conde regres    su patria y llegó á su ciudad natal, contemplando las ru nas de su palacio se acordó inmediatamente de No mi; algo parecido al remordi-

miento le hizo sentir un malestar extraño, y apresuradamente se dirigió al punto donde había encontrado un alma generosa que le había salvado la vida ocho años antes.»

«La humilde casita estaba en el mismo lugar, el emparrado daba sombra á sus ventanas, las pirámides de sabrosas frutas estaban colocadas de igual manera que anteriormente, dos mujeres estaban sentadas á la puerta de la casa, pero... ninguna de ellas era Noémi.»

«El conde se detuvo sin saber que hacer, pero al fin se decidió y entabló con la mas anciana el diálogo siguiente:»

—«¿No es esta la frutería de Noémi?»

—«Hasta hace cinco años, si señor.»

—«¿Pues qué ha sido de ella?»

—«No lo quiera V. saber, la pobre muchacha en mal hora tuvo compasion de un conde que le pidió albergue mientras los revolucionarios quemaban su palacio, ¡lástima que á él no le quemaran también!.... más Noémi le salvó, le escondió en su casa no sé cuanto tiempo, pero lo bastante para quedar deshonrada y tener un hijo mas precioso que un serafín. La pobrecilla lloró mucho, porque era la primera que en su familia daba un mal paso, pero crió á su hijo y fué una santa! porque era buenísima, murió su hermana y á los pocos días ella, las dos de la peste.»

—«Y el niño?»

—«El niño está en un Asilo y siempre, que puedo voy á verle. ¡Pobrecito! es tan bueno y tan hermoso como su madre.»

«El conde se conmovió con el sencillo y verídico relato de la anciana, la que tuvo un gran sentimiento cuando fué á ver al hijo de Noémi, y le dijeron los empleados del Asilo que el niño había sido reclamado por una comunidad religiosa é ignoraban su paradero.»

«El conde de San Félix, aunque tarde, enmendó su yerro, pues hizo recojer á su hijo, y como en la tierra siempre el dinero lo ha vencido todo, le dió un apellido humilde haciéndole abrazar la carrera eclesiástica. Nunca el niño tuvo el placer de conocer á su padre, pero al menos no vivió abandonado. El conde de San Félix jamás demostró á su hijo el estrecho lazo que los unía: se interesó por su suerte desde muy lejos y creyó que su falta estaba borrada con darle al jóven una carrera honrosa y lucrativa á la vez.»

«Esto creyó el conde mientras estuvo en la tierra, pero en el espacio vió mucho más claro y le hicieron comprender que había pagado con la más negra ingratitud el noble proceder de la desgraciada Noémi, cuya existencia plácida y serena envenenó haciéndola morir completamente desesperada por dejar á su hijo abandonado. Vió cuanto había sufrido el inocente niño el tiempo que estuvo en el Asilo, apreció en todo su valor la triste soledad á que le condenó su orgullo, conoció que no le basta al hombre el pan del cuerpo, que necesita tambien el pan del alma, y su espíritu por vez primera se apesadumbró, contempló su pasado y se avergonzó de su inercia y de su indiferentismo, operándose en su sér una reacción generosa; y poco acostumbrado á grandes deudas, quiso pagar con su humillacion y sufrimiento las faltas cometidas en su anterior encarnación, volviendo á la tierra con la débil envoltura de la mujer, no permitiéndose gozar ni por un segundo de las caricias maternas, queriendo y pidiendo á Dios que solo los más pobres le amaran para comenzar á conocer y á apreciar esa gran familia de los humildes y los oprimidos para la cual nunca tuvo en su opulencia una mirada de compasion.»

«Esto pidió el espíritu de la niña espósita conocida hoy en la tierra con el nombre de Felisa; pero como no se pierden en breves segundos los hábitos adquiridos en

cien siglos, Felisa conserva sus tendencias aristocráticas, y por eso repite hasta la saciedad que ella no pertenece á la inclusa. Tiene razon, es la primera vez que su cuerpo ha rodado por ese torno infamante que arroja al abismo de la caridad pública el fruto de insensatas pasiones convertido en inocente niño.»

«Teneis un adágio en la tierra que dice así:

«Los niños y los locos dicen las verdades; y es muy cierto, en esa pobre niña teneis una prueba, ese espíritu no ha sido ni será nunca de la inclusa; podrá en cumplimiento de leyes inmutables, nacer en el misterio y vivir ignorado más ó menos tiempo, pero siempre encontrará quien le salve del naufragio de la humillación, porque no ha sido culpable con premeditacion y conocimiento del mal que hacía; no ha hecho el bien porque no ha tenido iniciativa, pero tampoco la tuvo para hacer el mal y la falta más grave que cometió la quiso expiar en seguida.

«Ahí tienes, á grandes rasgos, lo que ha sido Felisa en la noche del pasado y el por qué repite con incesante afán: *Yo no soy de la Casa.*»

«Adios.»

III.

El espíritu nos ha dicho lo que ya nosotros en parte habíamos adivinado: que Felisa era un sér distinguido cuando tanto le abrumaba su deshonra actual. Si con atencion profunda estudiáramos á cuantos séres nos rodean, adivinaríamos en algo lo que han sido ayer y levantaríamos una de las puntas del velo que cubre su porvenir, y aunque sin completa certeza (por que esto es del todo imposible) siempre nos sería muy beneficioso conocer más á fondo á los séres que nos rodean, porque así los trataríamos mejor, y aunque se dice que lo que fué y no es: es como si no hubiera sido; con todo, las reminiscencias que conserva el espíritu deben respetarse para no herirle en sus fibras más delicadas. Hay mendigo que se muere de hambre, y si se le da un plato de comida con ademán despreciativo, lo acepta porque se muere de angustia, pero no lo agradecerá y será muy posible que maldiga la limosna.

Le acusarán de desagradecido y en el fondo no lo es; es que le han herido, es que le han humillado, es que no han respetado su infortunio.

Debiéramos considerar que el hombre es un sér compuesto no solo de espíritu y materia, lleva en sí otros componentes accesorios que son las reminiscencias de sus encarnaciones pasadas que claramente se manifiestan, pero que no se comprenden porque no se las estudia con detenimiento.

El estudio del Espiritismo sirve de poderoso auxilio para investigar el pasado y presentir el futuro; por eso nosotros, que hace muchos años nos dedicamos con algún fruto á leer y á comentar las obras más profundas de la filosofía espiritista, al oír hablar de la pobre espórita, de la inocente Felisa, sentimos vehementísimos deseos de saber algo de su pasado, que indudablemente nos daría la clave para decifrar el jeroglífico: *Yo no soy de la Casa.*

Nuestros cálculos no nos han salido fallidos, algo hemos sabido y deseamos que nuestro progreso nos permita siempre obtener contestaciones satisfactorias de los moradores del espacio.

Amalia Domingo Soler

COMUNICACION

No todas las penalidades concluyen con la vida de la materia. Hay otros tormentos más profundos y mucho más intensos en el mundo espiritual, que los dolores que el alma percibe por los sentidos de su cuerpo. ¿Sabéis cuáles son?

Pues son el de verse un espíritu frente á frente de su pasado. Digo de su pasado, cuando este ha sido borrascoso como el mio; porque ya concibo que ha de ser dichoso el momento en que un espíritu repase las páginas de sus anteriores existencias y en ellas no lea más que bien, que no haya contra él cargo alguno y que todas las partidas sean *data*.

Por desgracia yo me he visto frente á frente de mis anteriores existencias (pues no es una sola la que he perdido) y una tras otra, he tenido que apurar gota á gota, la hiel que aquellas destilaban.

¡Cosa extraña para mí! Cuando parece que debia darme la enhorabuena y rebosar de satisfaccion por tener saldada casi toda la cuenta de mis crímenes anteriores..... sí, de mis crímenes; la angustia se ha apoderado de mí; he llorado amargamente, como un niño, al verme frente á frente de un pasado tan horroroso.

No sé por qué, ni puedo darme cuenta de como me hallé en uno de aquellos momentos que, solo, abandonado hasta de los seres que más amé, y me amaron en la tierra, se olvidaron de mí; estaba solo, completamente solo, para hacer las sumas y restas de mis obras. Tenia ante mí, abierto el libro de mi vida, de mi historia entera; y tuve que hacer el balance de cuentas con aquella repugnancia propia de quien ha gustado las dulzuras del bien y la luz del progreso, y le presentan el acibar y las tinieblas en que están los espíritus enfermos.

Me dejaron solo con mi pasado, y temí desfallecer. De cuantos espíritus me asistieron y aconsejaron para salir de mi estado de soñolencia, parecia que todos huian de mí; no sé si por temor de distraerme ó considerándome como un apesta-do. ¡Qué agonías, hermanos míos! no os lo podeis figurar siquiera. Suponed que se os exigiera que habiais de andar arrastrándoos como la serpiente; ó que habiais de vivir en el agua como los peces; suponed más, suponed que se os dice que vais á vivir teniendo los instintos voraces de las fieras carniceras: ¿no os causaria horror y espanto sólo el pensarlo? Pues todo eso es nada en comparacion de lo que yo he sufrido, porque he tenido que recorrer una á una las páginas de mi historia como si ahora realizase los actos de aquellas existencias; parar por todos los acontecimientos y abominarlos y reconocer las injusticias cometidas que en otro tiempo no supe hacer por mi ofuscacion y atraso moral.

He tenido que apurar solo un caliz tan amargo. Ni una voz, ni un pensamiento ha venido á mitigar la angustia que he sentido. ¡Qué pesadilla tan horrible! Pero no creais que ha sido un sueño; nada de eso. He recorrido real y efectivamente todo mi pasado. ¡Tres existencias perdidas! Pero ¡ay! dos de ellas con una carga que me abrumba. Al salir de aquel revuelto fango en que no veia á mi alrededor más que sangre, al decirme que todas aquellas manchas quedaban completamente borradas y que no necesitaba más que, como el enfermo, tomar una medicina reparadora para fortalecerme y convalecer de mi pasado en otra nueva existencia, he llorado mucho, mucho; he llorado como un niño huérfano (que tal me he considerado en aquellos momentos), y despues de tantas lágrimas me he sentido fortalecido porque ha vuelto á mi espíritu el consuelo que le faltaba. Voces amigas han acudido á mi llanto y me han consolado, cubriéndome con el manto de su cariño y han derramado sobre mi espíritu el bálsamo precioso de la caridad, infundiéndome tanta esperanza, que ahora me siento con fuerzas para volver á la tierra y hasta para aceptar otra peregrinacion como la pasada si fuese preciso.

Todo este cambio lo ha producido una mágica palabra que en este instante se me presenta con los más brillantes colores: *La esperanza*. He visto, he sentido

por un momento la dicha que en mundos y grados superiores de progreso se experimenta; y tal ha sido la impresion que en mí ha dejado aquel momento de dicha, que estoy dispuesto á arrostrar todos los tormentos de la tierra, y todas las torturas imaginables por gozar un segundo siquiera de aquella ventura. Cuanto más que mi razón me dice que aquel bien no es pasajero sino eterno y en grado progresivo hácia otro bien siempre mayor.

Ahora me explico la decision de los mártires; esos locos ó enagenados por una idea falsa ó verdadera, pero que se presenta á su espíritu como una chispa de fuego divino que los inflama. Comprendo tambien las empresas que acomete un enamorado, despreciando toda clase de peligros por complacer á su amada, y recibir en pago una sonrisa. ¿Qué es acaso la esperanza sino una sonrisa de la felicidad? ¡La esperanza es una hada misteriosa que se oculta siempre tras el horizonte de nuestro presente; pero que desde allí nos envía torrentes de luz! un destello de luz que parte de la divinidad á todas las criaturas sirviéndoles de camino en su constante aspiracion.

Estoy desahogado de mis antiguas penas y me siento confortado y fuerte. En adelante os inspiraré lo que pueda; pero no con pensamientos lúgubres y tristes. He renacido á la alegría y es justo que os la comunique.

Médium. F. P.

LAS FLORES DEL ALMA

¡Qué bella en el tiesto
se yergue la planta!
¡Qué ricos botones,
qué flores galanas!
Perfuma el ambiente
su suave fragancia;
del huerto florido
orgullo es y gala.
¡Fero qué cuidados,
afan y constancia
el buen jardinero
pone en cultivarla!
El, de los excesos
del calor, del agua,
del viento, del frío,
siempre la resguarda.
¡Qué insecto dañoso
pretende tocarla
que al punto no pague
la ofensa muy cara?
Leves mariposas
un instante halagan
tan solo las flores
de la linda planta

—
Así son, oh padres,
las flores humanas,
los ángeles puros
que niños se llaman.
Si sois jardineros
celosos del alma;

si amais esos séres
que Dios os confiara;
Si acaso de verlos
la fiebre os abrasa,
de vosotros báculos,
glorias de la patria;
No quiteis un punto
de ellos la mirada,
ni tengan por guía
manos mercenarias.
¡Por vosotros mismos
cuidad esas plantas!
Cual riego bendito
dadles vuestra sávia!
Amor, luz, virtudes
grandes esperanzas
infundid, oh padres,
en sus tiernas almas!
Dados al olvido,
la torpe ignorancia,
el ccío funesto
la pasion menguada,
En sus corazones
clavarán la garra,
tendrán por legado
miséria, desgracia!
¡Regad los rosales,
del jardín del alma!
Al bien y la ciencia
dirigid sus ramas!

R. M.